DEL ORIGEN DE NAPOLEON.

«Vive Dios que me espanta esta grandeza
«Y que diera un doblon por describilla.»
Cervantes.

Paseaba un viagero por la Ciudad de Palma, y al encontrarse frente la casa, cuyo dibujo acompaña este artículo, una especie de atraccion le detuvo á contemplar el aire de grandiosidad que presenta su fachada. El aspecto del estranjero, y las condecoraciones que cubrian su pecho, denotaban que era personaje de mucha distincion. Era un militar francés que habia hecho la guerra con Napoleon, y entre sus muchas veneras se veia la cruz de la legion de honor. Conocíólo un eclesiástico ochenton que estaba asomado en una de las ventanas de la casa de Bonaparte, y al verlo estasiado no pudo menos de hablarle así: —«Caballero, grande es vuestra sorpresa, porque á «la verdad debe sorprenderos la magnificencia que «presenta esta fachada, pero aun os admiraria mas, si «supieseis que es lo que estais viendo, si supieseis que «esta es la casa de donde sale el hombre que ha llena«do al mundo de su fama, y que ha dado á la Europa «un título de orgullo: subid y aun vereis la alcoba en «donde nacieron los abuelos de Napoleon y los en«negrecidos techos que por espacio de tres siglos han «recojido los alientos de su familia.»—

El entusiasta bonapartista, durante esta narracion, no sabia lo que le pasaba: el gozo y el enternecimiento se vieron súbitamente aparecer en aquel rostro que podia mirarse como un objeto privilegiado, como un objeto que por su ancianidad habian respetado las balas de Tilsitt, de Jena y Waterloo. El nombre de Napoleon no podia menos de conmoverle, y la duda de si era cierto lo que le contaba el cura, fue lo único que pudo tranquilizarle en aquel momento de placentero aunque triste entusiasmo. Subió arriba, y lo primero que se presentó á su vista, fue un gran escudo de piedra colocado sobre el gótico portal que da entrada al ancho salon de la casa.—«Veis esos bla«sones, le dijo su interlocutor, miradlos y observareis «en ellos la misma águila que visteis campear en las «banderas del General del siglo. La águila es la ense«ña nobiliaria que pintaron los Bonapartes mallorqui«nes en sus adargas y paveses, y si los ejércitos de «Napoleon pusieron el aditamento del rayo de Júpi«ter prendido de las garras de la reina de las aves, «fue porque Napoleon era el rayo de la guerra, ó mas «bien para denotar su apoteósis, á usanza de los Em-

«peradores de la antigua Roma. La gloria que habeis «adquirido en las batallas la debeis á Napoleon; con él «habeis militado muchos años: este es el solar de su «apellido: envaneceos de habitarlo. ¿Lo dudais?—Ved «el Real despacho con que la magestad de D. Martin I de «Aragon en 23 de Julio de 1409 premió los servicios «del doctor Hugo Bonaparte, mallorquin, nombrándo«le Regente de Córcega. Este caballero, nacido en esta «misma casa, es el autor de Napoleon, es el primero «de su familia que hubo en aquella isla, y el que fun«dó en ella el solar tan esclarecido que meció la cuna «del hombre grande. Lo que acabo de deciros se com«prueba tambien por este otro documento: observad «en él los poderes dados en 27 de mayo de 1419 por «el mismo regente, á favor de su hermano Bartolomé «Bonaparte, para que venda todos los bienes que dejó «en Mallorca y le envie su producto, respeto de ha«ber resuelto quedarse siempre en Córcega con los «hijos que ya tenía de su esposa Juana de Saucis.— «Estos dos papeles llevan en sí toda la autenticidad «que se necesita para dar crédito á su contenido: ellos «prueban que de Mallorca pasó un Bonaparte á Cór«cega, donde se casó y tuvo hijos, que fueron el gér«men de la familia de Napoleon. Escuchad ahora lo «que dice esta carta escrita al Cronista de Mallorca «D. Gerónimo de Alemañy, por un sabio Jesuita del «Colegio de Trilingüe, que varios asuntos de su reli«gion le obligaron á pasar á Córcega.»

—«Ajaccio 23 de mayo de 1752.—Sr. D. Geróni«mo de Alemañy.—Muy Señor mio: deseoso de satis«facer el encargo que por comision de V. me hizo «Mr. Herarger, he recorrido todos los archivos pu«blicos de esta ciudad, y afectivamente aparece de va«rios documentos existentes en ellos, que la familia «de Bonaparte, *originaria de Mallorca*, empezó aqui «con Hugo Bonaparte, que era regente de esta isla por «los años 1418, antes del cual no se encuentra seme«jante apellido en Córcega. Consta tambien que los «hijos de este Regente llamados Esteban, Hernando y «Andrés, eran ya personas de arraigo, y obtuvieron «varias veces los oficios de república de esta ciudad, «por la clase de nobles, y que los Bonapartes desde «el siglo XV hasta el actual, se continuaron siempre en «los padrones de Baetria. Creo que esto será suficien«te para que V. se convenza de la identidad de las fa«milias de Bonaparte de Mallorca y de Córcega. Son, «sin duda, una misma si es cierto lo que me apuntó «Mr. Herarger por encargo de V., pero me dijo antes «de partir yo de Marsella, que la de Mallorca habia ya «acabado. La rama de Córcega subsiste aun, pues vi«ven hoy varios miembros de ella, como Herman Bo«naparte y *Carlos Bonaparte*, ambos casados en Tos«cana. Dios nuestro Sr. conserve la vida de V. como «desea su afectísimo servidor y hermano en J. C.— «Eusebio Cassán de la C. de J.»—

«¿No veis en ese *Carlos Bonaparte* al marido de «Leticia Ramolino, y en ambos á los padres del pri«mer consul, del Emperador, y del Rey de Italia? . .

. . . . . .

Eran ya las 9 y media de la noche y el mariscal Larrisson se marchó á su posada, llevando consigo largos apuntes de lo que habia visto y leido, para hacer ver á la Francia que el gran Napoleon era de origen mallorquin, y que el solar de su familia es la casa llamada aun de Bonaparte, situada á espaldas de la Parroquial de San Jaime, en la Capital de las islas Baleares.

El Socio de merito de la academia nacional de arqueológia.

JOAQUIN MARIA BOVÉR.

(Blasones de la familia Bonaparte.)

HISTORIA NATURAL.

CRIA DE LAS ORUGAS.

El cazador naturalista puede proporcionarse orugas yendo á buscarlas en los vegetales de que se alimentan, porque se sabe que estos insectos casi no se encuentran sino sobre la planta de que gusta cada especie, y jamás sobre otra. Vamos, por ejemplo, á indicar algunos vegetales sobre los cuales deben fijar sus investigaciones, si quieren hallar las especies mas raras; pero ante todo es preciso manifestar las señales por las que podrán conocer que una planta oculta en sus ramas una ó muchas orugas.

Desde luego dirigirán la atencion sobre los árboles, arbustos y matas aisladas, es decir, distantes de otros de la misma especie: las razon de esto es, que muchas mariposas se apartan muy poco del sitio en que han nacido, y que no hallando en las cercanías mas de un árbol en cuya especie se alimentan, se ven obligadas á reunirse en él en gran número: jamás debe buscárselas sobre los vegetales sombríos ó en las posiciones frias ó al norte.

Antes de buscar en el follage se mirará la tierra al pie del vegetal, y si no se vé en ella ningun escremento de orugas, semejantes á unos granitos negros, puede el cazador dirigir sus miras á otra parte. Pero en el caso de encontrarlos, se registrarán las ramas y se buscará el insecto en aquellas en que se perciba estar

las hojas roidas, y como despedazadas. Por la tarde, un cuarto de hora despues de puesto el sol, ó por la mañana antes de salir, puede estar seguro el cazador de hallarlas; pero no durante el dia, por la razon de que muchas especies huyen de los rayos del sol, y cada mañana bajan del árbol para no volver á subir á él hasta la tarde, metiéndose entre tanto en la tierra ú ocultándose debajo de alguna piedra cercana. Allí, pues, será preciso ir á cogerlas, para no esponerse á errores, es decir, á criar larvas por orugas. Hé aquí los caractéres por los que se distinguirán estas últimas: su cuerpo está desnudo ó cubierto de pelos, de espinas sencillas ó que forman brazos etc.; las hay de figura larga casi cilíndrica, compuestas de doce anillos, con nueve señales ó puntitos de cada lado: todos tienen diez y seis patas ó menos, de las cuales seis, que son escamosas, están pegadas á los tres primeros anillos, y diez son membranosas.

El naturalista debe dirigir sus investigaciones del modo que sigue, para proporcionarse las especies mas notables.

La mariposa de color de lirio, se hallará sobre el ciruelo y el albérchigo; el macou (machaon) sobre la zanahoria, el hinojo y el eneldo. Las orugas de estas dos especies se reconocen perfectamente por dos cuernos blandos, de color de naranja, que tienen la forma de una Y, colocados entre la cabeza y el primer arquillo del cuerpo; sobre la hortiga el morio; la tornasolada sobre el álamo blanco; sobre la violeta, la ninel, pequeña violeta; la poliomata estraida, en las semillas del espanta lobos (arbol); la esfinge cabeza de muerto, sobre la patata; la semerinta del tilo sobre este arbol, y mas frecuentemente sobre el olmo: la hepial del lúpulo, en la raiz de esta planta; la pierde madera (corsus gatebois) en el sauce; la bombis pavo real, sobre el peral y el olmo; la bombis hoja muerta, sobre el espino ó zarza; la bombis procesional, sobre la encina; la falena en forma de hoz, sobre el aliso ó chopo y sobre el abedul ó álamo blanco; la falena doradera, sobre la encina; la herminia bordada, sobre el brezo; la botriz purpúrea, sobre la encina; la piral de las manzanas, en el manzano; la del rosal, en la rosa; la polilla ropavegera, bajo los muebles en las habitaciones; la polilla de las tapicerias en las telas de lana; en fin, muchas especies sobre las plantas cuyos nombres llevan.

Por lo que acabamos de decir, se vé de qué modo se han de buscar estos insectos para conseguir resultados satisfactorios, y sobre todo que no se deben registrar solamente las hojas de los vegetales.

Como las orugas son sumamente delicadas, la menor presion, el menor roce las hará perecer infaliblemente. Por lo mismo es preciso tener mucha precaucion para cogerlas: esto se hará con los dedos lo menos que se pueda, no porque sean peligrosas, como algunos piensan, sino únicamente para no maltratarlas. Se corta el tallo ó la hoja en que se encuentre una, y en este estado, es decir, con tallo y hoja, se la meterá en una caja hecha espresamente para este uso. La caja, de carton ó de madera, estará siempre muy limpia y sin el menor olor; con muchas separaciones en lo interior, á fin de que las orugas no puedan comunicarse unas con otras: y en fin, cuando se traigan desde donde se han cogido se tendrá cuidado de no menearlas mucho.

Luego que el naturalista llegue á su casa colocará cada especie en cajas separadas de un pie de ancho y de 18 pulgadas de alto, con cristales por delante para darlas luz, y acribadas con pequeños agujeritos por los lados y encima, á fin de facilitar en cuanto sea posible la circulacion del aire. El suelo ó fondo de la caja estará cubierto de tres ó cuatro dedos de arena muy delgada y seca, para que las orugas puedan entrarse en ella con facilidad, cuando las especies que tienen la costumbre de enterrarse para hacerse «crisálidas,» quieran metamorfosearse. El vidrio ó cristal que formará la parte anterior de la caja estará ajustado de modo que pueda abrirse cómodamente, y por consiguiente servir de puerta; en fin, se colocará en el interior una redomita de cuello estrecho, llena de agua, en la que se meterá la base ó sea cabo de los ramos destinados á alimentar los insectos. Hemos indicado que algunas especies se hacen la guerra; esto lo dará á conocer suficientemente la esperiencia, y se las colocará en unas celditas ó separaciones hechas para esto en las cajas.

Es de suponer que al coger las orugas, el naturalista habrá observado con la mayor atencion la planta de que cada una se nutre. Cada cuatro ó cinco dias, cuando mas tarde, se irá á buscar nuevos ramos de ellas, y se les darán al mismo tiempo que se les quiten las que les han servido de alimento. Nunca se tardará mas en esto, por la razon de que cuando los tallos existen mucho tiempo en agua, absorven una gran porcion de humedad que causa á los insectos una diarrea casi siempre mortal.

Tambien será necesario tener cuidado de poner en la caja algunos pequeños pedazos de ramas secas para servir de comunicacion cuando quieran bajar desde la hoja de las ramas á la arena, y tambien suministrarlas unas ramitas delgadas donde puedan cómodamente establecer los capullos donde cuelgan sus crisálidas.

Las cajas se colocarán en cuanto se pueda, en un sitio ventilado, espuesto enteramente á la influencia atmosférica menos á la lluvia. Las orugas criadas en aposentos cerrados, están espuestas á abortar en el momento de su metamórfosis, y la razon es, sin duda, el defecto de aire y las exhalaciones de carbono que resultan de la respiracion del hombre ó de los malos olores á que son sumamente sensibles estos insectos.

Las orugas tardan mas ó menos tiempo en llegar á su crecimiento total; pero rara vez menos de quince dias, y todavia muy raramente, treinta ó cuarenta. Dos ó tres dias antes de su primera metamórfosis, dejan de comer y se pasean por todos los ángulos de la caja, con una visible inquietud. Entonces es cuando principalmente se las debe tratar con mucha consideracion, y no tocarlas con los dedos, por dos razones: la primera, porque sus órganos han adquirido un grado tal de sensibilidad, que al menor rozamiento se hieren; y la segunda, porque su contacto es muy doloroso para la persona que llega á las especies belludas. Hé aquí por qué los pelos que cubren la mayor parte de las orugas, son ásperos, duros y muy agudos: en el momento en que el animal se va á metamorfosear, se desprenden de su piel con la mayor facilidad, se introducen en la epidermis de la mano indiscreta que quiere coger la oruga, y producen en ella un escozor doloroso, algunos granillos, y muchas veces hasta la inchazon. Lo muy delgados é imperceptibles que son estos pelos, impide que se les pueda descubrir y arrancar: muchas veces tambien,

sin parar mucho la atencion, se llevan á otras partes del cuerpo donde la piel es mas delicada, por ejemplo al cuello, y á los párpados, donde por consiguiente la incomodidad se hace mas desagradable. Cada vez que una oruga muda de piel, lo que sucede tres ó cuatro veces en el curso de su vida, puede hacer esperimentar el mismo inconveniente, y este es sin duda el que ha inspirado á muchas personas tan grande aborrecimiento ó repugnancia hácia estos insectos.

Ya sea que una oruga se metamorfosee totalmente, ó ya sea que se envuelva con una cáscara ó sea capullo de seda, siempre permanece mas ó menos tiempo en el estado de «crisálida». Muchas mariposas diurnas se abren y salen despues de quince ó veinte dias. Las nocturnas gastan algunas veces mas tiempo para obrar su metamorfósis, y las esfinges permanecen ordinariamente en estado de «crisálida» por espacio de siete ú ocho meses y algunas veces mas. Todas las orugas que se hacen crisálidas en otoño, casi no salen de su estado de ninfa antes de la primavera siguiente. Se concibe que durante el invierno, las cajas en que están encerrados estos insectos, deben hallarse al abrigo de las heladas, pero en un paraje seco y ventilado.

A medida que las mariposas se desprenden de las cubiertas en que estaban envueltas, se las pincha y clava en cajas á propósito, por cuyo medio se consigue obtener los individuos mas raros y nuevos. Algunas veces la operacion por la cual se desprenden de la prision en que estaban, es muy difícil para ellas, y no es malo el ayudarlas algun tanto; para lo cual se ensancha el agujero que el insecto ha abierto en uno de los dos estremos de su capullo al hacerse «crisálida,» pero se le deja encima la pieza en forma de opérculo ó tapa.

El naturalista puede proporcionarse un gran número de «crisálidas» que se irán colocando á medida que se las encuentre en una caja llena de musgo muy seco, á fin de impedir que se menean y rocen unas sobre otras durante el camino ó traslacion. Es preciso buscarlas bajo los caballetes ó albardillas que cubren las paredes vueltas al mediodia, contra los troncos de los árboles, bajo las cortezas viejas y piedras; y en fin, en los agujeros y partes de las rocas abrigadas de lluvias. Por el mes de febrero se irá á buscar las crisálidas de las esfinges al pie de los árboles en que se sabe viven sus orugas. Allí se las hallará enterradas desde media pulgada á dos de profundidad, y se conocerá perfectamente el sitio donde es menester cavar para descubrirlas por lo delgado de la tierra y lo movedizo de esta, formando una especie de polvo negro que jamás se cubre de yerba. En las ramitas pequeñas junto al tronco, que salen de las raices, es donde principalmente deben buscarse seguros de que no será infructuoso el trabajo. Las «ninfas» halladas de este modo, se colocarán en las cajas y se tratarán del mismo modo que las de las educandas.

Los «coleópteros» se encuentran al lado de los árboles, en los prados, en las aguas y en las cortezas viejas, en troncos de los árboles, debajo de las piedras y enterrados en las arenas.

Los que habitan en el agua gustan de los estanques ó balsas en que se halla corrompida, está caliente y tranquila. Rara vez se les encuentran en los rios y aguas corrientes, y todavia menos en las aguas vivas de los arroyos. Solamente será abundante la caza en los fosos, ó charcos llenos de cañas y otras plantas acuáticas.

Algunas especies de la familia de los cangrejos se hallan en las arenas húmedas de los rios, donde van á buscar los insectillos que arrojan las olas á la orilla, y de que hacen su alimento. Se los hallarán á centenares bajo la piedras mas cercanas al agua, bajo las pajas y otros restos que los rios amontonan diariamente en sus orillas. Algunos de los mas raros se entierran en las arenas, y no salen de ellas sino cuando se mete un palo en el suelo, y se agitan ó destruyen sus habitaciones. Otros individuos de la misma familia se hallan en los campos, donde cazan con mucha agilidad las orugas y otros insectillos.

En los cuerpos muertos y aun corrompidos se hallan los «necróforos,» los «escudos,» etc. Los primeros se buscarán sobre todo bajo los cadáveres de los topos y de los gatos; pues á pesar de su mal olor, el hombre amante de la ciencia vence todos los obstáculos y disgustos que tenga que sufrir para penetrar hasta en las materias mas repugnantes, y sus investigaciones siempre serán recompensadas por la adquisicion de individuos preciosos y raros en las colecciones.

La mayor parte de los «cerrambix» habitan en lo interior de los troncos de los árboles, cuya madera destrozan sus «larvas.» En las tardes de estio se les buscará en los árboles mas viejos, en que estan agarrados á la corteza. Cuando el cielo esta nublado y pesado algun tanto el tiempo, se encuentran á cosa de las cuatro los «capricornios y lamias» que sacan la cabeza de los agujeros que abren en el tronco de los árboles. Estos insectos se cojen con unas espinzas por sus largas antenas; pero es necesario tener mucho cuidado de no tirar con fuerza, porque en este caso el animal se agarraria á lo interior del agujero, y se dejaria quebrar mas bien que salir de él: para que salga se le dan unas pequeñas sacudidas que se reiteran muchas veces, y al fin se consigue tenerlo entero.

Los «cetóneos» (cetóines) y muchos brillantes insectos de los géneros vecinos ó próximos, se hallan en la corola de las flores. Otros géneros habitan los tallos, los ramos y las hojas de los vegetales. Para cogerlos se estiende un lienzo blanco por bajo de las cercas, matorrales, zarzales etc., en los que se da con una caña ó palo y cae una gran cantidad de estos insectos. Algunas veces se pasea tambien el orificio ó boca de la red como si se segase por las praderas y las cosechas herbacias y frondosas.

Cuando en un bosque se encuentre un árbol seco y caido por el tiempo ó el hacha del leñador, se le examinará con tanto mas cuidado cuanto que se debe tener una certeza de encontrar allí los «buprestos» (buprestes), insecto de especie de la cántarida, muy raros y brillantes. En los almacenes de leña (para quemar) es muy raro que no se hallen los «molorcons,» los «calidios,» y otros pequeños «cerrambicinos.»

En fin, ningun sitio debe olvidarse, porque no hay ninguno que no encubra alguna especie, que no se halle en otra parte: aun los subterráneos y las cuevas se registran para proporcionarse los «tenebrionos.» Ninguna circunstancia, en fin, debe descuidarse ni omitirse para hacer adquisiciones nuevas: se seguirá á los pescadores cuando sacan sus redes, y sobre todo se examinará escrupulosamente el fondo ó lecho de los estanques y de las charcas en el momento en que se las deje en seco, ya sea para pescar ó para componerlos.

Los insectos «apteros» se hallan ordinariamente

en las mismas localidades que las coleópteros, pero los provistos de alas membranosas son los que se aproximan mas en su estado perfecto á las costumbres de las mariposas. En el mayor grado de calor del dia, se les ve revolotear en gran número al rededor de las plantas que han alimentado sus larvas ó gusanos, sobre las flores que tapizan los prados en los campos cultivados, y sobre todo en las cercanas ó próximas á los bosques. Se sorprende á los insectos al vuelo con la red, y se les clava con precaucion, porque muchos están armados de un dardo ó aguijon temible. Algunas, y con especialidad la familia de los «apiasias» apiasies, se construyen unas habitaciones muy interesantes por su singularidad: y por lo tanto el naturalista tratará de apoderarse de ellos maltratándolos lo menos que sea posible.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

El asesinato del Marqués de Poza, ó las consecuencias de un torneo.

No ha habido en nuestra historia monarca de quien se haya escrito, y hablado con tanta diversidad, como del misterioso Rey de España Felipe II, cuya vida y operaciones, aun cubiertas con un espeso velo, han sido comentadas á su vez, por personas que ó le dedican panejíricos, ó le deprimen hasta el estremo, siendo este el motivo de no tener una idea esacta de tan poderoso Rey.—Unos encuentran su genio sublime retratado en los muros del Escorial; otros por el contrario lo creen supersticioso y meditabundo en sus acciones; quién le vé el político mas consumado de su siglo, y quién el déspota y Padre desnaturalizado que hace perecer bajo la fórmula de un proceso inquisitorial, á un hijo, que aunque fuera criminal, era hijo, y heredero del trono de San Fernando.—¿Y á qué nos debemos atener? ¿Existen dos opiniones uniformes en esta materia, ó una que sea la mas racional y probable?—No, y en este caso cada uno es dueño de emitir la suya sin incurrir en contradicciones y cálculos históricos, cuando por otra parte aun hay hechos de este Monarca, que no se han revelado y visto la luz pública.

En varios manuscritos, y principalmente en uno de la *vida secreta, sucesos y muerte del Príncipe D. Cárlos, hijo de Felipe II*, escrita por el Abad de S. Pedro, se refiere la muerte dada á el Marqués de Poza, privado del hijo de Felipe, por sospechoso en una aventura cortesana, que nosotros, sin darle un entero crédito, tenemos especial gusto en publicar, para que sirva de dato á la Historia de aquel Príncipe.—El Marqués de Poza era un caballero galante, que cautivaba todo el afecto de Cárlos, á quien habia servido de ayo, y el que por la dulzura de sus modales, su bella persona, su ardiente fisonomia, y sus palabras seductoras, gozaba de un concepto aventajado en la opinion de todos.—Desde joven habia simpatizado vivamente con el Príncipe, y este le habia hecho confidente de sus secretos, acompañándole en algunas intrigas amorosas, y atrevidas, de las que gustaba en estremo la imaginacion y carácter borrascoso de Cárlos; pero esta preferencia se hacia mucho mas ostensible privadamente que en público, por ser muy peligroso, cuando tanto se espiaba por Felipe la vida de su hijo, hacer alarde de una amistad, que á los ojos del Rey seria mirada como connivencia. —Sabido es que la mayor parte de las tramas que por aquel tiempo se urdieron, y que pudieron tener mas ó menos un fin político, se debian á aquella astuta cortesana, la Princesa de Eboli, que fascinó el corazon de Antonio Perez, y que no podia ver impasible tampoco, pasáran los hombres delante de ella, sin rendir á sus pies el tributo de su admiracion ó cariño.

Despues del casamiento de Felipe II con la Princesa Isabel de Valois, que hacia tiempo estaba prometida á su hijo, la de Eboli, trató de encender las pasiones de D. Cárlos, procurando atraerlo con estremada dulzura, á la que si bien correspondió este al principio, cuando hubo conocido, que esta dama poseia todos los favores y confianza de su Padre, concluyó por no manifestarle prueba alguna de terneza. Este marcado desvio hecho á una dama de los fueros de la de Eboli, tenia que concitarle una antipatía mortal, y efectivamente fue víctima de su error, cuando nada le podia libertar ya de la muerte.—D. Cárlos amaba tiernamente á la Reina Isabel, cariño que data desde el tiempo en que le estaba prometida en casamiento, pues si bien el Príncipe era muy joven cuando aquel se concertó, la fama universal de su belleza, la noticia de sus altas disposiciones y virtudes, los retratos, y sobre todo sus cartas redactadas con un estilo sencillo á la par que amoroso y tierno, infundieron en su corazon sentimientos que ni el tiempo, ni el respeto debido á la Esposa de su Padre, pudieron de modo alguno borrar.

No olvidaba jamás que cuantas mugeres le habian sido destinadas en matrimonio, otras tantas le habian sido denegadas, anticipándose su padre á verificar enlaces con Princesas, que ni tenian su edad, ni podian tampoco participar de su carácter.—Isabel, por lo tanto, aunque contenida por sus deberes, los que de modo alguno traspasó, despues de su venida á España, parece que continuó con D. Cárlos en aquella correspondencia íntima y secreta, que sin propasarse á mas, suelen tener las personas que anteriormente han sentido los destellos del amor; y estos afectos que debió siempre presumir Felipe II, le fueron confesados por su Secretario Perez y la Princesa de Eboli, el primero cumpliendo con los deseos de su amada, y la segunda con el fin de satisfacer una venganza que desde la frialdad de D. Cárlos germinaba en su corazon.—Felipe, que estaba dotado de una alma superior y pensativa, sin mostrar desasosiego por esta confesion, se limitó á observar la pasion que le habia sido delatada, y los amantes al primer asomo de sospecha de que pudieran estar descubiertos, temblaron al fijar su atencion en el Rey, siendo este suceso unido á otros muchos, la causa de que Cárlos pensára en fugarse con los Condes de Egmont y de Horn á Flandes, imbuido por estos para que se pusiera al frente de los sublevados.

El Marqués de Poza, que como ya hemos dicho, era el amigo y confidente íntimo del Príncipe, estaba iniciado en estas aventuras, siendo intérprete por el

que se comunicaban los dos amantes, cuyos secretos podia fácilmente trasladar, por la circunstancia de estar al servicio del príncipe y entrar con frecuencia en el aposento de la Reina.—Esta, ya fuese por la franqueza con que ordinariamente recibia al Marqués, y por los largos diálogos que entablaba con él á solas, ya por las muestras de predileccion que le daba, ya en fin porque lo sintiera asi su corazon, hizo caer en sospechas á sus cortesanos los Príncipes de Eboli y Antonio Perez, de estar en inteligencia amorosa con él, lo que fue bastante para que Felipe II lo supiera abultado con exageraciones estraordinarias, que no dejaron de conmoverle. No recibió el Rey esta noticia como la anterior, porque si D. Cárlos no pudo resignarse á olvidar á Isabel, esto no era estraño, ni de ello podia haber la mengua y riesgo que habia en que un súbdito se atreviera á insultar á un monarca el mas poderoso de aquel siglo, poniendo los ojos en una persona de tan elevada consideracion como la Reina.—El Marqués principió desde entonces á ser espiado, sin que pudiera de ello apercibirse, y á ser objeto de unos celos crueles por parte del Rey, que no podia contrarestar, porque era inocente, y estaba ageno de tales sospechas; asi es que con su eficacia en cumplir las órdenes de Cárlos, y con la franqueza que por esta causa se le recibia por la Reina, añadió muchos motivos para ser criminal á los ojos de Felipe.—Habia padecido este una larga y aguda enfermedad, de la que hacia poco tiempo habia salido, cayendo en un desabrimiento y melancolía tan notables, que se sospechó por la Corte estaba poseido de unos celos y presentimientos aciagos que le turbaban el reposo, lo que no dejaba de dar pábulo á los noticieros de antesala, que formaban comentarios sobre su tristeza.—Tambien coincidió con estas noticias la del alumbramiento de la Reina; el Rey no mostró por ello una grande alegría; acaso agitó en su imaginacion algun motivo de sospecha cruel por este suceso, que alteró su natural sosiego, y si hasta entonces fue reservado y astuto para ocultar sus resentimientos, las sugestiones de la de Eboli concluyeron para alucinarle y hacerle jurar en el fondo de su corazon, el esterminio del infortunado Marqués de Poza, ageno á tales tramas é ignorante de sus persecuciones.—Para celebrar tan faustos acontecimientos, se preparó en la Corte un magnífico Torneo, en el que tomaron parte todos los Grandes y Caballeros, obligándose cada uno á elegir divisa ó color para el combate, al mismo tiempo que Dama por la que habia de justar.—El dia anterior á este festejo, se encontraba Poza en el aposento de la Reina con otros Caballeros disputando cada cual por la divisa y Dama que los habia de conducir al combate; D. Cárlos, y su tio D. Juan de Austria, que no la tenian, parecian ser los indicados para combatir por la Reina, como los únicos tambien que se atrevieran á llevar tan augusto nombre.—Ninguno de los dos lo hizo, por no descubrir acaso afectos que pudieran perjudicarles, y entretanto la Esposa de Felipe carecia de Caballero que se espontanease á salir por ella, cosa que ya iba siendo notada por todos.—La Reina, pretestando que su escasa belleza era la causa de tal retraimiento, fijóse en el Marqués de Poza, dirigiéndole en tono festivo, quejas amargas porque no se brindaba, y obligándole á ser su Caballero; pero el Marqués, corrido y receloso á la vez, se hubo de escusar alegando lo indigno que era para desempeñar tal comision, cuando estaban delante las augustas Personas de los Príncipes que pudieran ser mas propias para el caso.—Redobló entonces la Reina sus sugestiones, diciendo que puesto que nadie se ofrecia, le imponia á Poza la obligacion de que justára por ella, siendo su Caballero, *á fin de que tuviese la verguenza de servir á la menos hermosa.*

Estas palabras galantes, dichas por una Reina que era un prodigio de belleza y de discrecion, á un súbdito á quien acababa de hacer vivas instancias en presencia de sus cortesanos, encontraron mas de una interpretacion torcida y mas de un murmullo; porque la preferencia habia sido muy visible, y el interés demasiado notable; alcanzando las sospechas aun al mismo Cárlos, que debiendo constarle otra cosa, al comparar la deslumbradora y arrogante persona del marqués, con la tan poco favorecida suya, temió por una traicion de su privado.—No dejaron tampoco de llegar á conocimiento de Felipe estas marcadas galanterías, y disponiéndose á cortar este naciente fuego en su origen, se contubo hasta un tiempo en que pudiera dar el golpe por completo. Efectivamente, el dia que se verificó el Torneo, se presentó el Marqués trayendo por empresa en su escudo, un sol con este lema: *Todo arde á mi vista*; siendo tan afortunado en el combate, que se llevó el premio de la primera carrera, produciendo una grande admiracion por su denodada valentía. No fué necesario mas para que los celos que ya habian tenido entrada en el pecho del Rey, vinieran á privarle de gusto y de razon, y pretestando que estaba algo indispuesto, mandó suspender la funcion.—Se afirma en los manuscritos que hemos consultado, y que anteriormente hemos citado, que aquella misma noche tuvo el Rey una larga conferencia con su privado Ruy Gomez, Príncipe de Eboli, en la que se concertó dar muerte al Marqués al retirarse de Palacio, único remedio que se encontró á propósito para aplacar la cólera del Monarca.—Temióse sin embargo irritar al Príncipe y á la Corte con este delito, y á el efecto se inventó para consumarla un embuste bastante ingenioso.

El Marqués de Poza fue asesinado á puñaladas, como se habia concertado, en una noche al retirarse del aposento de D. Cárlos, y los homicidas para cubrir la responsabilidad de sus mandantes, confesaron á sus criados despues, que se habian equivocado, pues creyeron dar el golpe á otra persona. Este crimen aterró estraordinariamente, y al punto no pudo colegirse quién fuera su verdadero autor: pero las circunstancias de él, los dichos de los asesinos, la apatía del Rey en mandar averiguar la muerte del Caballero mas cumplido de su servidumbre, y las declaraciones, en fin, vinieron á confirmar la sospecha de que habian sido pagados por personas elevadísimas.—La Reina y D. Cárlos se lo sospecharon y lo supieron despues, pero ignorando al principio la causa, la achacaron á que Felipe querria manifestar el resentimiento que abrigaba por la conducta de su muger é hijo, deshaciéndose primero del privado, para combatir mejor despues á los Príncipes; pero ya se ha visto que esto no fue asi, como á poco tiempo vino tambien á confirmarlo la esperiencia. La muerte del Marqués de Poza, ejecutada con tanta ligereza y con tan poco fundamento y motivo, es muy parecida á la de Escobedo y otras que se verificaron en aquel reinado, que se resienten de un misticismo tenebroso,

y de una complicacion estraordinaria.

Sin embargo, no seremos nosotros los que desde luego inculpemos tan solo á Felipe; narramos este hecho, y lo dejamos á la consideracion de nuestros lectores, condenándolo sí, pero sin entrar en reflexiones que no son del caso.

EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.

EL CONDE DE TORENO.

José Maria Queipo de Llano Ruiz de Saravia, despues Conde de Toreno, nació en Oviedo el 26 de Noviembre de 1786. A los cuatro años pasó á Cuenca con su familia, donde recibió los primeros rudimentos de su educacion, que continuó luego en Madrid, siendo su preceptor su paisano D. Juan Valdés, conocido por sus ideas liberales. Impuesto en el latin, aprendió las matemáticas, física, química, mineralógia y botánica, dedicándose al mismo tiempo al griego, y cultivando los idiómas inglés, francés é italiano, y algun tanto el aleman.

Corria en aquella época el memorable periodo de la revolucion francesa, y á nuestro pais llegaban los chispazos que habian puesto en combustion el vecino reino, fermentando en él las mas avanzadas ideas, y corriendo con gran boga el *Emilio*, el *Contrato Social de Rousseau* y demas brillantes concepciones de aquel periodo. Toreno habia contraido amistad con el abad del Monasterio de monjes benedictinos de Monserrate, situado en la calle ancha de S. Bernardo de esta Corte, y este sugeto de opiniones muy exaltadas, poniendo en manos del joven José Maria estos libros, contribuyó tal vez á arraigar en su ánimo aquellas convicciones.

Hallándose en Madrid el memorable 2 de Mayo de 1808, corrió grande riesgo por libertar de la muerte á su amigo D. Antonio Oviedo. Partiendo de la Corte á los pocos dias de aquella catástrofe, llegó á su patria en época en que la conducta de los franceses, enardeciendo los ánimos, conmovia al pueblo y habia preparado los combustibles que debian producir el alzamiento general de España contra los invasores. Sus discursos por el prestigio de que en el pais gozaba su familia, contribuyeron á adelantar el movimiento, y cuando levantado el Principado y constituida la junta se determinó mandar á Inglaterra comisionados, reclamando auxilios, Toreno lo fue en compañia de D. Angel de la Vega.

Las gestiones que estos practicaron, produjeron los mejores resultados, y en diciembre de aquel año regresó Toreno á su pais, despues de haber obtenido en el suelo británico la mejor acogida, y adquirido muy buenas relaciones. Al llegar á España, se encontró con la fatal novedad de haber perdido al autor de sus dias, apartándole de los negocios públicos el arreglo de los suyos particulares. Habia en aquella época llegado á Oviedo, de regreso del Norte, el marqués de la Romana, y queriendo subordinar á sí la junta del Principado, y esasperado con la energía que esta demostró, la disolvió á la fuerza, nombrando otra de la que hizo miembro al Conde de Toreno. Sin embargo de que este se hallaba resentido con la corporacion disuelta, y poco conforme con algunas de sus determinaciones, no aceptó el nombramiento, y en su calidad de individuo nato reprochó duramente al marqués la violencia de su conducta. La invasion del Principado por los franceses, le obligó á vagar algun tiempo por las montañas, hasta que evacuada por los enemigos, pasó á Sevilla, residencia de la junta central, donde llegó en Setiembre de 1809, de donde pasó á Cádiz en febrero del año inmediato. A poco de haber llegado á esta ciudad, recibió los poderes de la junta de Leon para representarla en la central, y algo despues mereció de la del Principado igual honorífica distincion. Fue uno de los que con mas calor pidieron la convocacion de las Córtes, y habiendo sido nombrado diputado de ellas sin tener aun los 25 años que se requerian para poder desempeñar esta dignidad, se suscitó á la presentacion de sus poderes una acalorada discusion sobre si debia ser ó no admitido, cuestion que se votó favorablemente á su admision, tomando asiento en su consecuencia en la cámara.

Ya habian transcurrido dos meses sin que su voz hubiese aun resonado en aquel recinto, cuando en la cuestion sobre señorios y derechos jurisdiccionales usó por primera vez de la palabra, votando por su extincion. Poco despues como individuo de la comision de guerra, sostuvo el dictámen de esta favorable á la creacion del estado mayor general, siendo ya muy notables sus discursos, por el peso y juicio que en ellos dominaban, y por la sátira decorosa que empleó como medio oratorio.

Trasladadas las Córtes á Madrid, acudió tambien el Conde á este punto, de donde llamado por sus asuntos particulares, salió para Asturias el 4 de Mayo, el mismo en que Fernando VII correspondia con la mayor ingratitud á los heróicos esfuerzos del pueblo español. En Asturias tuvo conocimiento de la disolucion de las Córtes, y de las venganzas ensayadas contra los diputados, y con noticia que recibió de que se trataba de prenderle, se dirigió á Rivadeo, y allí se embarcó para Lisboa, cuyo gobierno le mostró la mas enconada ojeriza; mas viendo el mal aspecto de los negocios de nuestro pais, marchó á Lóndres á los

pocos dias, donde permaneció hasta Diciembre de aquel año, que pasó á París. Poco tiempo hubo de permanecer en la capital del vecino reino, pues ocurrido entonces el desembarco de Napoleon en Francia, regresó á Inglaterra, donde supo la confiscacion de sus bienes, y su condena á muerte por sus opiniones.

Despues de la jornada de Waterloo, Toreno volvió á Francia á principios de Agosto de 1815, mas habiendo ocurrido entonces en la Coruña el levantamiento de Porlier, cuñado del Conde, y sospechando los legitimistas franceses de que este no era ignorante, ni estraño á la conspiracion, fue preso con todos los de su casa, y algunos otros emigrados, entre ellos el benemérito y patriota general Mina. Dos meses duró su prision, respondiendo con dignidad y decoro á las diferentes preguntas que se le hicieron, hasta que vista su inocencia, fueron luego puestos en libertad, cuantos habian sido comprendidos en aquel atropellamiento.

Seis años permaneció en París despues de esta ocurrencia, en cuyo tiempo escribió un opúsculo en defensa de las Córtes constituyentes de Cádiz, á que habia pertenecido; pero acercábase el año de 1820, y ya se notaban en el pais chispazos, que no podian menos de producir su efecto; asi es que en 1.° de Enero de aquel año, levantó Riego en Cabezas de San Juan el estandarte constitucional, que al fin hubo de triunfar, pues cundiendo la sublevacion, Fernando se vió precisado á jurar el código de Cádiz en 9 de Marzo de aquel año. La proscripcion y el destierro de los diputados constitucionales, cesaron por este acontecimiento, y Toreno, restituido al goce y posesion de sus bienes, fue nombrado enviado estraordinario y ministro plenipotenciario en Berlin, destino que renunció por tres veces, tal vez con la esperanza de ser nombrado diputado por su provincia, como efectivamente lo fue en las Córtes que habian sido convocadas. Reunidas estas, tratóse por muchos de elegirle para presidente, mas habiéndose opuesto él mismo, hizo que tan elevado honor recayese en el electo arzobispo de Sevilla. Propuso que á imitacion de otros paises, se nombrase una comision que redactase la contestacion al discurso del trono; y habiendo sido nombrado individuo de ella, en compañia de Martinez de la Rosa y de otros célebres diputados, se le dió el encargo de su redaccion, la cual se aprobó con ligeras enmiendas. Las ideas del Conde habian esperimentado ya alguna variacion, no notándose en ellas la exaltacion á que debia parte de su celebridad; y durante estas discusiones, se mostró menos partidario de la *soberania popular*, lo cual le valió el dictado de *pastelero*. Durante esta misma legislatura tuvo ocasion de manifestar su energía y presencia de ánimo, pues discutiéndose el proyecto de ley adicional sobre libertad de imprenta, propuesto por el gobierno, que restringia algun tanto aquella facultad, y manifestándose agitada la tribuna pública, levantóse á defenderlo, rechazando enérgicamente la tirania popular. Su discurso exasperó á las turbas, y al salir el Conde de la Cámara, se dirigieron á asesinarle, como tal vez lo hubiesen logrado, sin su serenidad, y la cooperacion del Conde de Cartagena, que, tomándole del brazo, le condujo á su casa, haciendo frente con su espada á la turba de los asesinos. No obstante esta ocurrencia, al otro dia se presentó en el Estamento, y con la mayor valentia denunció semejante desacato.

Los estrechos límites de un artículo de periódico semanal, no nos permiten enumerar los infinitos trabajos en que tomó parte como diputado. Fue invitado por el rey para que nombrase un ministerio y se pusiera á su frente, lo cual no aceptó, conviniendo solo en que propondria los sugetos que creyese capaces para tan delicado cargo. En efecto, asi lo hizo; y en la misma noche que presentó al rey la lista, en que designaba á Martinez de la Rosa para presidente del Consejo de Ministros, salió en posta para París.

Poco despues de su salida del reyno ocurrió la segunda invasion francesa, y empezó una nueva proscripcion, que duró diez años, en los cuales viajó por Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y Suiza; empezando en 1827 á escribir su célebre Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, que tan brillante laurel ha proporcionado á su corona. Con gran fortaleza sobrellevó este segundo destierro, que terminó en virtud del decreto de amnistia dado por la entonces Reina Gobernadora, en 15 de Octubre de de 1832, en cuya época se encontraba en París, permaneciendo todavia algunos meses en aquella capital. Llegado que hubo á Madrid en Julio de 1833, se le mandó salir inmediatamente, sin consideracion á unas tercianas de que fue acometido.

Hasta la muerte del Rey permaneció en su pais, proclamando en él como alferez mayor á la Reina Doña Isabel II, volviendo en seguida á Madrid á felicitar á S. M. en nombre de su provincia, y permaneciendo en la corte hasta la publicacion del Estatuto, en cuya época fue nombrado ministro de Hacienda y poco despues diputado á Córtes.

No es este lugar, ni nos sentimos tampoco con fuerzas suficientes para juzgar su administracion, de la cual se habla con mucha variedad, segun la pasion que domina al que de ella se hace cargo; únicamente diremos, que en 14 de Setiembre de 1835, hizo dimision de su puesto, continuando desempeñando su diputacion, y figurando entre los primeros oradores de de aquel tiempo, por la lógica y fuerza de raciocinio que dominaba en todos sus discursos.

Restablecida en el año 36 la Constitucion de Cádiz, pasó Toreno á París y visitó la Italia, terminando en aquella época su Historia, y volviendo á España en el año 37, cuando formada la ley fundamental del Estado, su provincia la eligió su diputado. En las restantes legislaturas, hasta la de 40 (pues en todas desempeñó igual cargo) sostuvo su justa reputacion y salió completamente absuelto de la acusacion que dirigió el general Seoane contra su administracion.

Las ocurrencias de Setiembre de 1840 le obligaron á expatriarse voluntariamente, permaneciendo en el extrangero hasta 1844, en que falleció, justamente cuando se preparaba á volver á su pais á consecuencia de los acontecimientos que en aquel tiempo variaron la faz de nuestro pais. Como historiador y hombre de Estado, Toreno vivirá siempre en la memoria de sus compatriotas, cuyas hazañas en la memorable guerra de la independencia ha sabido tan brillantemente describir. Sus restos trasladados desde París, existen en el campo Santo á espaldas de la ermita de S. Isidro, patron de Madrid.

C. M. S.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.